

20 años 2003
del primer acto

[TRAGICOMEDIA EN CUATRO ACTOS]

EDITORIAL

10 RECUERDOS DEL PORVENIR
por César Causino

PRIMER ACTO
La herencia maldita

- 14 LOS MIEDOS A LA DEMOCRACIA por Jorge Alonso
- 23 EL LEGADO DEL AUTORITARISMO por José Antonio Aguilar Rivera
- 29 TRANSICIÓN: VOLVER A EMPEZAR por Carlos Ramirez
- 40 REALIZAR EL ESTADO DE DERECHO por José Ramón Cossío D.

SEGUNDO ACTO
El deslugar de

- 46 LOS SIGNIFIC
- 51 LA REFORMA
- 59 LA REFORMA
por C
- 66 LA REFORMA

SEGUNDO ACTO

El deslugar del cambio

- 46 LOS SIGNIFICADOS DEL CAMBIO *por Jorge G. Castañeda*
51 LA REFORMA QUE NO FUE *por Francisco Valdés Ugalde*
59 LA REFORMA AUSENTE: *por César Canstino*
66 LAS APUESTAS FALLIDAS DE UNA DEMOCRACIA
INCIPIENTE *por Alberto Aziz Nassif*

TERCER ACTO

La conjura de los necios

- 80 MIEDO A LA DEMOCRACIA O GATOPARDISMO
SOCIETARIO *por Samuel Schmidt*
88 PARTIDOS POLÍTICOS: ENTRE EL ESCÁNDALO Y LA
IRRELEVANCIA *por José Antonio Crespo*
94 EL PODER JUDICIAL: ¿EL TERCERO AUSENTE?
por Miguel Carbonell
102 LAS FUERZAS ARMADAS: RUPTURAS Y
CONTINUIDADES *por José Luis Piñeyro*

CUARTO ACTO

¿Ciudadanos imaginarios?

- 112 SOCIEDAD CIVIL Y PERPLEJIDAD
ANTE LA DEMOCRACIA
por Alberto Olvera
120 SOCIEDAD CIVIL Y
CONSTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA
por Lucía Álvarez Enriquez

Se ha discutido mucho si en México ha terminado la transición o si todavía nos encontramos en un largo e interminable proceso. Hay quienes apuntan que con la pérdida de la presidencia, el otrora partido de Estado quedó sin ese apoyo fundamental, y que por lo tanto concluía la etapa de la transición a la democracia. Lo que ahora se presentaba sería la pugna por una instauración democrática, que no estaría consolidada sin que se desataran los nudos jurídicos y políticos que daban sustento al antiguo régimen, y que por lo tanto se requería una reforma del Estado. Lo que ha sido evidente es el gran desencanto que

He aquí un mapa muy sugerente de los

miedos que la democracia engendra

entre sus partidarios y denostadores,

Los miedos a la democracia

JORGE ALONSO*

entre los gobernantes y los gobernados,

entre los partidos y la sociedad. Una

revisión sin concesiones que anticipa

derroteros poco promisorios para la

democratización en México.

provocó en muchos ciudadanos el insuficiente cambio panista. No se ven los frutos de una transformación plena. Esto ha llevado al crecimiento del abstencionismo. Por su parte, el que fuera partido de Estado no tiene la presidencia, pero en los estados en donde gobierna opera de la vieja forma. El IFE (Instituto Federal Electoral) ha asegurado elecciones transparentes y confiables, pero los partidos todavía siguen haciendo uso ilegal de grandes cantidades de dinero que no reportan. Los montos otorgados legalmente a los partidos para sus campañas son exorbitantes, lo cual es un escándalo ante un pueblo cada vez más empobrecido. Antes los conflictos eran postelectorales. Sin que eso haya quedado del todo conjurado, ahora los conflictos estallan en las contiendas internas preelectorales, por la falta de acatamiento a los estatutos. Los partidos han aparecido no como formaciones políticas sino como aparatos que permiten enquistamientos y enriquecimientos grupales. Las campañas promocionan lemas mercadotécnicos y figuras. No se discuten programas, ni pro-

* Catedrático-
Investigador del CIESAS
Occidente.

yectos de nación. El PRI (Partido Revolucionario Institucional) ha medrado de la guerra sucia para ahuyentar electores y hacer crecer el peso de su voto duro. Hay un afán revanchista y restaurador. En los sitios en los que ha logrado recuperar terreno electoral, vuelve a hacer operar los viejos aparatos corporativos y autoritarios. Los partidos se han encerrado en una lógica de partidocracia, alejados de los intereses de los ciudadanos y de la nación. Desgraciadamente el voto libre sigue estando asediado por viejos y nuevos mecanismos de compra y coacción del voto. Un cambio importante ha sido que el anterior poder presidencialista se ha acotado. Han podido ejercer su función dos poderes que le estaban supeditados: el Legislativo y el Judicial. No obstante, por el entrapamiento entre los intereses partidistas, el Congreso de la Unión no ha podido llegar a las reformas sustanciales, y ha conducido la política hacia una parálisis. Por su parte, el Poder Judicial ha tenido mayor ingerencia en la vida pública, pero es el poder menos transparente y vigilado, y hay datos que lo presentan como el más corrupto. La corrupción, cáncer de la democracia, no ha podido ser erradicada. El PRI ha cerrado filas cuando ha sentido que pueden llegar a tocarle personajes importantes, como los líderes petroleros. Ante la merecida multa que le impuso el IFE ha empezado una campaña para tratar de desprestigiar a una de las instituciones clave en la vida democrática del país. Es muy difícil dismantelar los nudos de complicidades. Falta la democratización de un elemento clave para la vida pública: los medios masivos electrónicos de comunicación. La pobreza creciente pone en jaque el avance democratizador. En este contexto hay muchos miedos desde arriba y desde abajo hacia la convivencia demo-



crática. Hay todavía muchos miedos alrededor de la democracia denominada formal, hacia la ampliación de la democracia en todas sus expresiones participativas. Las mayores trabas se encuentran en la búsqueda de una democracia social.

LOS MIEDOS EN LA DEMOCRACIA FORMAL

Uno de los usos restrictivos ve a la democracia no tanto como forma de sociedad sino como un sistema o forma de gobierno, como un particular régimen político. Se ha destacado que esto tiene que ver con las mediaciones institucionales entre Estado y sociedad que resuelven el problema de cómo se gobierna y la canalización de demandas. En esta visión se privilegian los procedimientos electorales y la representación. La democracia está conformada por un pacto sobre reglas de juego acerca de mecanismos que determinan el concurso de los ciudadanos en la elección de los gobernantes. La elección de dirigentes debe ser en un ámbito plural y competitivo. Se implica la posibilidad de un cambio regular de los grupos de conducción política. Es indispensable la libre competencia política. Otra característica básica se refiere al carácter arbitral de la democracia entre los diversos, su importante papel en la concertación y la negociación. La democracia tiene que ver con los mecanismos que posibiliten la puesta en práctica de garantías en torno a igualdades frente a la ley; remite a legalidad positiva y vigente, a espacios públicos de acción colectiva, a posibilidades del ejercicio de derechos políticos; implica soberanía, Estado de derecho, vigencia de libertades, garantías individuales, circulación de ideas e información, sufragio universal, pluriparti-

dismo, relación entre mayorías y minorías; posibilita la articulación entre representados y representantes. También se tiene que garantizar un sistema de procedimientos institucionales para el acceso con transparencia al poder público. La legitimidad del gobierno se sostiene en el consentimiento de los ciudadanos. Tiene que salvaguardarse la diversidad, pluralidad, tolerancia y método de convivencia; permitirse la expresión de disensos, la construcción de consensos y la formulación de decisiones colectivas. Así, la democracia deviene al mismo tiempo principio organizativo y principio de legitimidad. Los derechos ciudadanos de opinión, reunión, asociación y elección deben ser protegidos jurídicamente. Tiene que darse una subordinación de los poderes públicos a leyes generales. Para que la vía electoral sea auténticamente democrática se necesita la participación efectiva, la información adecuada,

la no exclusión y el control de los procesos de gobierno. Se requieren elecciones periódicas, limpias, sin coacción, con igualdad de oportunidades.

El espíritu democrático se opone a la simulación de una democracia encubridora y legitimadora de poderes que no se apoyan verdaderamente en la voluntad de la mayoría del electorado. Las mínimas normas democráticas deben ser válidas en la relación entre los partidos políticos y en la vida interna de los mismos, pues precisamente en estas cuestiones fundamentales se expresan los miedos a la democracia. En primer término, hay la tendencia oligárquica en los partidos para reproducir sus aparatos que, bajo ropajes democráticos, ocultan autoritarismos elitistas. La falta de respeto a los derechos y garantías de los militantes es más común que el acatamiento escrupuloso de la vigencia normativa interna. Esto está manifestando que las direcciones de hecho de los aparatos partidarios temen la expresión y la manifestación de los militantes que los componen. Al exterior, la compra y coacción del voto muestra el poco respeto por los ciudadanos y el temor por la intervención en la vida pública de verdaderos ciudadanos libres e informados. Las exigencias en este sentido parecen sonarles a muchos gobernantes a demandas casi subversivas.

El *marketing* político confina a la propagandización de superficiales lemas y a la fabricación de rostros y figuras públicas sin mayor contenido; el huir a la discusión de programas manifiesta el temor de que el ciudadano se exprese. Parecería que los partidos prefieren conseguir el voto como un artículo de consumo más.

Uno de los más grandes temores es el que expresan las minorías ante las diversas tiranías de las mayorías. La lista de los miedos al ejercicio democrático se agranda cuando se examinan las prácticas de importantes instituciones democráticas como es el IFE. A los partidos les molesta la fiscalización de sus cuantiosos recursos económicos; encuentran formas legales para sacarle la vuelta a la obligación de dar cuentas reales, y han llegado a tratar de desprestigiar a la autoridad electoral cuando ésta llega a tocarlos.

Otro tipo de temor a la democracia se expresa en la molestia de los elegi-



dos para dar cuenta de sus acciones a los electores. Hay avances en legislaciones sobre transparencias, pero los representantes buscan todas las argucias para no cumplir a fondo esa responsabilidad. Preferirían

formación alternativa que permita el conocimiento de aquello sobre lo que hay que decidir. Esto implica debates y que los ciudadanos se comprometan en la solución de problemas una vez que hayan sido

El espíritu democrático se opone a la simulación de una democracia participativa, los funcionarios y poderes que no se apoyan verdaderamente en la actividad de los sujetos de la democracia.

que las democracias fueran simplemente “delegativas”, y no pocas veces ejercen sus atribuciones en esa dirección.

El equilibrio de poderes es uno de los viejos postulados democráticos, pero se manifiestan muchos miedos cuando se trata de su responsable ejercicio, que crecen cuando los ciudadanos les reclaman cuentas. Un verdadero federalismo implicaría el respeto en todos los niveles de las manifestaciones anticentralistas. Más allá de lo discursivo, el ejercicio de la autonomía en las entidades federativas, y en éstas de las competencias municipalistas incomodan a los que pretenden decisiones no compartidas. El real desmantelamiento de raíz de las intrincadas redes de complicidades productoras de corrupción es otro de los graves miedos de los encargados de la política. Siempre se teme que en esa lucha haya revelaciones comprometedoras para toda la clase política.

LOS MIEDOS A LA DEMOCRACIA AMPLIADA

Desde el ámbito ciudadano es perceptible el anhelo de conciliar la mayor diversidad posible con la participación también del mayor número posible en los instrumentos y beneficios de la actividad colectiva. La democracia debe abrir al control de los centros de poder y de las instituciones públicas por parte de la ciudadanía. Uno de los requerimientos básicos en cualquier orden democrático es la garantía de la in-

convencidos por argumentaciones públicas. La democracia tiene que tender a ser deliberativa, a hacer pasar preferencias espontáneas a interrelaciones más reflexivas. La democracia deliberativa, al abrir una discusión pública sobre las más diversas políticas, posibilita la construcción de espacios de negociación y de formación de consensos fundados. Una democracia “dialógica” no es simplemente una extensión de la democracia formal, sino la creación de formas de intercambio social que reconstruyen solidaridades sociales. Existen muchas resistencias a que se produzcan nexos entre procedimientos y contenidos democratizadores. La mayoría de los políticos tienen miedo de la verdadera y exigente participación de los ciudadanos, y no quieren ser llevados a las prácticas de una democracia deliberativa que implicaría la discusión a fondo de los problemas y la construcción de consensos. La clase política es reacia a que la participación vaya más allá de la respuesta al llamado de las urnas. El examen cotidiano de la acción gobernante y la exigencia de que los reclamos ciudadanos sean integrados en los programas gubernamentales día a día, llega a hacerse pánico entre los detentadores de los poderes. Se teme a la democracia participativa y a su matiz deliberativo. La pluralidad es una de las condiciones de la democracia. Ésta exige el tolerante tratamiento de la diversidad. Para que exista convivencia democrática se requiere el reconocimiento y respeto del otro, de la diversidad. Hay fuertes temores a la multi-

culturalidad. Se defienden estos medios aduciendo la igualdad legal, pero no se quiere aceptar que sobre una base común de derechos, debe haber la salvaguarda de los derechos a la diversidad. La democracia privilegia la construcción de consensos sobre la utilización de la fuerza. Argumenta para convencer. Se opone a los monólogos. Si bien es respetuosa de la divergencia, la democracia es terreno propicio para construir convergencias. La democracia es eminentemente consensual. Sobre todo enseña a vivir entre diferencias respetuosamente respetadas.

La democracia se funda en derechos, que la lucha cívica ha conseguido ampliar (civiles, políticos, culturales, sociales). Los responsables de respetar y garantizar dichos derechos se sienten incómodos, temerosos de sus exigencias. Los poderes económicos y políticos muestran, por ejem-

dan a que lo hagan obedeciendo a los ciudadanos. Los poderes siempre temen las luchas democratizadoras, porque éstas conducen a su desenmascaramiento. No habría que olvidar el poder de las mafias. Para la gente común el resultado de la reducción de la legitimidad del Estado es un miedo más aterrador que cualquiera de los que hemos señalado.

LOS MIEDOS CIUDADANOS

Del lado de los ciudadanos también son perceptibles varios temores o desencantos sobre los procesos de democratización. Hay datos que indican que ha ido bajando en el mundo el sentimiento ciudadano en torno a la representatividad de los gobiernos. Crece la mala opinión en cuanto a la honestidad de los políticos. Esto ha llevado a un

...
...

plo, un gran terror ante las expresiones de la democracia sindical. La clase política anuncia que se preocupa por la consolidación de una cultura política democrática: pero en la práctica recela de que ésta vaya aumentando en prácticas cotidianas porque acota inexorablemente su poder. La cultura política democrática transforma actitudes de sumisión en reclamos y prácticas verdaderamente ciudadanos. Cada día son más los grupos que demandan el respeto de la democracia formal, y que no se limitan a ella y atisban que pueden proseguir en sus luchas en el terreno laboral, campesino, barrial, y que se extiende hacia los campos nuevos de la diversidad cultural, de los derechos de los distintos grupos de edad, de género, etcétera. Hay terror hacia las expresiones políticas que exigen respeto a autonomías, y que manifiestan que lo que importa no es la lucha por el poder, sino obligar a los que man-

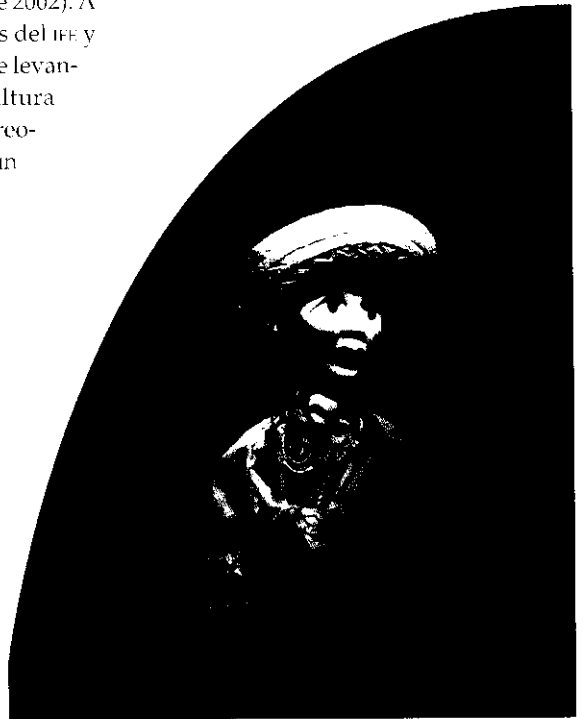
fenómeno cada vez más generalizado: se vota más contra lo que se teme que a favor de lo que se quiere. Se constatan incapacidades de las formas tradicionales democráticas para representar a los ciudadanos ante la dialéctica de la gestión global y la atención local.

La encuesta que se realiza para los países latinoamericanos por el *Latinobarómetro* permite detectar un cambio de ánimo entre los ciudadanos latinoamericanos en los últimos nueve años. Pese a que en el 2002 todavía una mayoría de los ciudadanos confesaba que apoyaba la democracia, un porcentaje creciente consideraba que el desarrollo económico era más importante que la democracia, por lo que una mitad de ciudadanos no estaría en contra de tener un gobierno no democrático con tal de que fuera eficiente. Más de la tercera parte no está satisfecha con la economía de mercado, y dos terceras partes demandan que

los gobiernos se hagan cargo de la salud, el agua y la electricidad. Hay decepción por las privatizaciones. Sólo uno de cada cuatro latinoamericanos está de acuerdo con la forma como se está ejerciendo la democracia. La confianza en los gobiernos ha descendido sensiblemente (un 36% no confía en ellos) y la desconfianza hacia los partidos se ha incrementado bruscamente. La media iberoamericana de desconfianza en los partidos políticos es de 75%; es decir tres de cada cuatro ciudadanos latinoamericanos desconfía de los partidos políticos. En el 2002 los ciudadanos argentinos aumentaron su desconfianza en los políticos y los partidos. Ese sondeo destaca que en México, mientras que en 1995 (la primera vez que se hizo ese sondeo) un 49% decía que la democracia era preferible a otra clase de gobierno, en el 2001 eso bajó a 45%. (Se pueden consultar estas encuestas en www.latinobarometro.org).

Esos resultados concuerdan con los datos que arrojó otra encuesta realizada por María de las Heras a mediados del 2002 según la cual un 64% confiaba poco o nada en los diputados y los senadores, y un 63% sentía lo mismo con respecto de los partidos políticos (*Milenio*, 5 de julio de 2002). A finales del 2001, bajo los auspicios del IFE y de la Secretaría de Gobernación se levantó un amplio estudio sobre cultura política. Los datos fueron muy preocupantes. Un 85% no pudo citar un ejemplo en el que la política hubiera contribuido a mejorar sus condiciones de vida. Los partidos políticos se ubican en el nivel más bajo de confiabilidad (sólo un 5.3% dijo confiar en ellos). Una mayoría opinaba que la gente no era solidaria. Uno de cada tres pensaba que ninguna institución representaba sus intereses. Uno de cada dos pensaba que era difícil organizarse con otros. Sólo un 10%

asoció la palabra democracia con elecciones. Los resultados no son unívocos, pues hay datos que apuntan hacia el reforzamiento de la democracia, como el hecho de que un 69% consideraba que sí debía opinar sobre lo que hacía el gobierno, o el que un 55% estuviera en desacuerdo en que se utilizara la fuerza para solucionar un conflicto político que estuviera afectando a muchas personas y tenía muchos meses sin resolución. En este sentido se puede leer también el dato de que un 52% pensaba que México vivía en democracia o libertades democráticas, frente a un 32% que opinaba lo contrario. Lo más impactante de esta encuesta es el alto grado de apatía política. Entrando a mayores precisiones, uno de cada cinco jóvenes que votó por Fox preferiría una dictadura (si ésta le garantizaba el éxito económico) frente a una democracia sin rumbo. (Los resultados de esta encuesta se pueden revisar en www.ife.org). Hay débil implantación de los valores de la tolerancia y una pobre valoración de los sujetos básicos de la democracia (partidos y órganos legislativos).



LOS MIEDOS A LOS PARTIDOS

Los ciudadanos tienen temor a ser manipulados por los partidos. Los partidos temen ser rebasados por los ciudadanos. Los partidos están atravesando un momento de crisis en los países desarrollados, pero su situación es mucho más grave en países donde las prácticas clientelares eran uno de los mecanismos básicos de movilización y legitimación, porque los recursos para esos usos se han vuelto escasos. Se hace ver que los drásticos retrocesos de la economía bajo choques externos y la crisis del clientelismo han hecho más evidentes las prácticas de corrupción y mal gobierno, y todo se ha sumado para quitar credibilidad a la política y a los políticos. Esta situación se torna todavía más aguda cuando los partidos sólo cuidan sus propios intereses y olvidan los reclamos generales. A mediados del 2002

Ante la decadencia de los partidos, se ha hecho ver que los diversos grupos de la sociedad civil no pueden reemplazar el papel de los partidos en una tarea básica de la democracia, la de la representación. Se ha llamado la atención de que esos grupos no tienen ante quien responder, y que en sus agendas se pueden colar también los intereses de los grupos poderosos. Se ha enfatizado que los partidos siguen siendo el medio para la acción política y para la promulgación de las leyes. No obstante, los partidos se han ido erosionando rápidamente. Hay falta de visión, de conducción, de responsabilidad, y se ha llevado a situaciones de estancamiento y de parálisis política. Los partidos se han alejado de los intereses generales y siempre pretenden sacar el mejor partido de cada coyuntura. Hay autores que plantean que sólo una convergencia entre partidos y sociedad civil es ca-

Ver: [El profundo temor a la democracia social en México: los partidos y la parálisis política](#)

varios partidos mexicanos entramparon modificaciones legales que hubieran repercutido en la disminución de los recursos públicos que reciben. En esta forma existe la paradoja de partidos muy ricos frente a una sociedad empobrecida. Se achaca a los partidos en el inicio del siglo XXI que, debido a las refundación neo-oligárquica del orden político, hayan renunciado a presentar proyectos de sociedad alternativos al neoliberalismo. Buscan la estabilidad. Se comportan como correas de transmisión de ese orden. Esto lo califica de un proceso degenerativo. Considera que están jugando una vez más los papeles que ya habían desempeñado los partidos hegemónicos a finales del siglo XIX y principios del XX en América Latina. Ahora el personalismo y las luchas por hacerse del control del aparato estatal han sustituido los debates teórico-ideológicos sobre un proyecto de nación. La renuncia a construir proyectos de futuro alternativos los ha reducido.

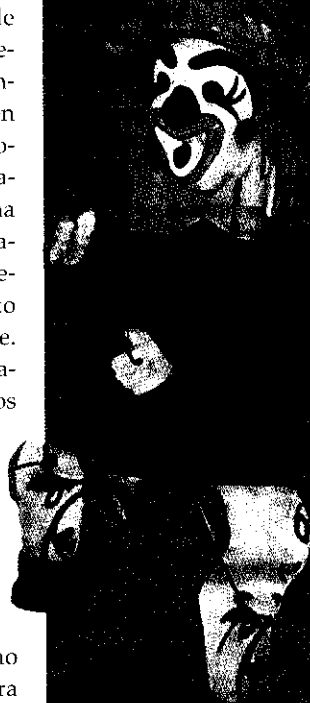
paz de romper las inercias y los vicios. Habría que empujar a los partidos a que retomen su papel de reunir y representar los intereses sociales en una estructura de participación política. Habría que conseguir que los cargos públicos se vean no como un elemento de beneficio sino como un instrumento de servicio al bien común. Pero hasta ahora en América Latina, esta colaboración y esa responsabilidad partidista parecen estar ausentes. La percepción de los ciudadanos latinoamericanos sobre los partidos los ha condenado. Vencer los mutuos miedos entre partidos y ciudadanos se convierte en una prioridad democratizadora.

EL PROFUNDO TEMOR A LA DEMOCRACIA SOCIAL

El desencanto mayor sobre democracia tiene que ver sobre el escaso impacto que han tenido los gobiernos democráticos sobre las

graves injusticias que aquejan a los ciudadanos. La miseria y el hambre crecientes por la exclusión del nuevo desorden mundial obstaculizan no pocas de las expresiones de la democracia. Se entremezclan explotación con exclusión. Como atinadamente lo ha señalado Amartya Sen en varias oportunidades, las vidas humanas pueden empobrecerse de muchas maneras, y no sólo económicamente; la pobreza también tiene caras políticas y educativas. Sus soluciones no deben ser exclusivamente económicas. Lo que ese premio Nobel de economía ha demostrado es que la democracia es parte del desarrollo.

Las decisiones verdaderas y que atañen a todos se encuentran lejanas de las tradicionales instituciones democráticas. Si bien la democracia tiene que salvaguardar la diversidad, también debe combatir la desigualdad. Existe un acelerado crecimiento de la pobreza. Año con año millones de mexicanos son condenados a una vida precaria e indigna. En la época de la globalización crece la tendencia de que prevalezca una democracia política encerrada en espacios restringidos y cupulares mientras se lleva a cabo un implacable desmantelamiento de democracia social. Estamos asistiendo a una oligarquización del Estado en donde grupos sociales reducidos deciden los temas centrales de la gestión pública, mientras se teatralizan consultas públicas en donde pareciera que dichos temas se ponen a discusión pública. Las decisiones reales no las toman los ciudadanos. Se ha destacado que América Latina ha transitado hacia la democracia, pero lo que impera es la consolidación de un proyecto económico y social altamente excluyente. Uno de los grandes miedos a la democracia tiene que ver con esos gobiernos electos democráticamente que no han acatado el mandato de las urnas por supeditarse servilmente a los dictados de los grandes centros financieros internacionales que sólo miran por sus propios intereses y que han llevado a la bancarrota a importantes economías del continente americano. Pese a que figuras como otro premio Nobel, J. Stiglitz, quien fuera



funcionario del Banco Mundial y ahora muy conocido por su libro *El malestar de la globalización* (Madrid, Taurus, 2002), ha demostrado cómo las recetas del FMI (Fondo Monetario Internacional) y del Banco Mundial han producido las peores crisis en los países latinoamericanos, a sus élites les aterra gobernar con un modelo alternativo, acorde al sentir ciudadano. El actual sistema es generador de pobreza e injusticias porque su prioridad es la acumulación incesante de capital. Los oprimidos tienen menos poder, menos organización y menos recursos a su disposición. La miseria y el hambre crecientes por la exclusión obstaculizan no pocas de las expresiones de la democracia. Las decisiones verdaderas y que atañen a todos se encuentran lejanas de las tradicionales instituciones democráticas. Sólo habrá un alto nivel de democratización si hay capacidad de adoptar progre-

Habría que subrayar la lucha de las mujeres por el reconocimiento tanto de la plena igualdad como de lo específico de su diferencia, y su constante pugna contra el temor ante el autoritarismo de un mundo patriarcal. Las luchas contra el analfabetismo en todas sus formas son de profundo carácter democrático. El analfabeta se apanica por no poder hacer hablar a las palabras, y por la disminución de sus oportunidades. Las relaciones de la gente con el ecosistema van abriendo nuevas fronteras para la democracia. La democracia, desde una perspectiva amplia, no se reduce a lo electoral; implica un modo de vida, un mundo cotidiano de relaciones.

Cada día va siendo más evidente que la democracia no puede sobrevivir en medio de exclusiones, que el principio de equidad debe tener una verdadera aplicación, que no puede prescindir de una ética que ha de ir

sivamente disposiciones para corregir desigualdades económicas mediante diversas medidas redistributivas. La democracia va interconectada con la exigencia de independencia y justicia social. La convivencia democrática obliga a tener en cuenta a los marginados y excluidos de todo tipo. Hay tendencias populares que se proponen disminuir el poder absoluto, la injusticia y la violencia; que cuestionan la irracionalidad de una modernización segregadora. La democracia como derecho a decidir sobre el destino colectivo persiste. Si bien desde el poder aterrizan las búsquedas de nuevas formas de hacer política, desde diferentes rincones de la sociedad con imaginación creadora se intentan modalidades democratizadoras. Los derechos de la vida cotidiana, los derechos de los excluidos de todo tipo tratan de ser defendidos de múltiples formas.

socializándose. Hay esperanzas en el futuro porque, como ha dicho Sen: "se ve la exigencia cada vez más manifiesta de democracia en el mundo y la convicción cada vez mayor de que la justicia social es necesaria". Existe una incesante lucha cívica que ha perdido el miedo a las exigencias democráticas, y que se empeña por asentar la democracia en todas sus acepciones como un importante valor. No deja de sorprender cómo en esta exigencia de democratización amplia mucha gente no teme el hacer sacrificios. La democracia supone un marco institucional capaz de permitir la expresión de formas novedosas. Se ha insistido en que la democracia es el componente básico del buen vivir. Existe una utopía concreta democrática que es impulso para una continua ampliación del potencial liberador. La fuerte carga simbólica de la democracia impulsa a convertir los miedos en esperanzas. (17)